

Lecturas Ignacianas de la escritura II

Guido Jonquières, sj

Raíces de los Ejercicios Espirituales en la Sagrada Escritura

La biblia hebraica se subdivide en tres conjuntos de libros: Ley, Profetas y Escritos. El tercer bloque lleva un nombre tan genérico que, a la larga, no satisface. Muchos exegetas de hoy mantienen la tripartición básica del Antiguo Testamento, pero, a raíz de estudios más precisos que provocan una redistribución parcial de los libros o de parte de ellos, prefieren clasificarlos en Ley, Profetas y Sabios. Es decir en literaturas sacerdotal, profética y sapiencial, porque detrás de la "Ley" están los sacerdotes de Israel, detrás de los escritos proféticos, los profetas inspirados y, en la raíz de los libros sapienciales, el laicado culto con el rey a su cabeza. De ahí la variedad de enfoques, perfectamente comprensible, según que un escrito emana del cuerpo social que está a cargo del culto, por ejemplo el Levítico, del grupo mayoritario que desempeña las tareas hoy llamadas profanas: agricultura, artesanía, comercio, gobierno, etc., por ejemplo Proverbios 10-22, o de la singular categoría de los profetas, de considerable influencia pese a su escaso número. La inspiración divina única se difracta así en el prisma social de Israel para cubrir el vasto campo de la realidad humana entera, según tres puntos de vista.

Los cristianos profesamos que en Jesús convergen las tres corrientes: él es, primero, "el profeta de Nazaret", pero es también el artesano laico que se expresa como tal mientras va tomando forma su paradójica realeza de Mesías, y la Carta a los Hebreos lo declara sacerdote, debido a su radical oblación a Dios por el bien de sus hermanos. Así las cosas, el cristiano a su vez recibe en el bautismo los tres títulos de sacerdote, profeta y rey con Cristo, como lo expresa el celebrante en el momento

de la unción con el santo crisma. Lo cual no quita que se vuelva a producir alguna diferenciación en el pueblo cristiano, recibiendo unos una vocación más sacerdotal -aunque el sacerdocio del Nuevo Testamento es a la vez profético-, otros un llamado mayor al testimonio profético como tal, por ejemplo los religiosos, y los más desempeñando su papel de laicos cristianos en el mundo, papel llamado también sacerdocio pero sacerdocio real o regio, por referencia al rey del Antiguo Testamento (Lumen Gentium, 10).

Si aceptamos esta manera de comprender la Escritura, sobre el telón de fondo de su substrato social, y la consiguiente diversidad del Pueblo de Dios o Cuerpo Místico de Cristo que es la Iglesia, el caso de Ignacio de Loyola y sus Ejercicios se entiende mejor y recíprocamente, confirma lo visto.

Los Ejercicios, en su texto y en su objetivo, responden de modo evidente a una intención sapiencial, porque pretenden ayudar al ejercitante a “vencerse a sí mismo y ordenar su vida, sin determinarse por afección alguna que desordenada sea” (EE 21). Más exactamente, fueron organizados y escritos para que alguien pueda, gracias a ellos, ayudar así al ejercitante a disponer de su vida para la salud-salvación de su alma (EE 1). De modo que Ignacio, el director o guía de los Ejercicios y el ejercitante comulguen en la misma sabiduría, que este último llegue a la mejor elección posible dentro de su circunstancia y la pueda poner en práctica. El prólogo para hacer elección (EE 169), que retoma el Principio y Fundamento (EE 23), y la meditación de los “Tres Binarios” o tres tipos de hombres (EE 149-157), con sus actitudes características ante una posible decisión buena, son quizá los momentos más claramente sapienciales de todo los Ejercicios, tanto en su estilo como en su finalidad;

EE 169: “En toda buena elección, en cuanto es de nuestra parte, el ojo de nuestra intención debe ser simple... Cualquiera cosa que yo eligiere, debe ser a que me ayude para el fin para que soy creado... Primero hemos de poner por objeto querer a Dios, que es el fin...).

EE 23: “El hombre es creado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su ánima; y las otras cosas sobre la haz de la tierra son creadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es creado. De donde se sigue...”

EE 149-157 es una meditación: “para abrazar [lo] mejor”. Presenta la parábola de tres pares de hombres puestos ante la necesidad de desprenderse, al menos afectivamente de su fortuna que les impide ir a Dios. Todos lo ven claro, pero no todos

proceden con entereza y sin contradicción. La petición final, conforme a la gracia señalada al comienzo, busca obtener el valor de decidir lo mejor.

Podríamos citar igualmente las reglas para ordenarse en el comer (EE 210-217) y para distribuir limosnas (EE 337-344). Y si miramos el libro como manual para el director -lo que es esencialmente-, todas sus "anotaciones" (EE 1-20), su presupuesto (EE 22), gran parte del material relativo a los exámenes (EE 24-43) y al primer modo de orar (EE 238-248), y las "adiciones" de cada semana por su carácter práctico, son elementos de sabiduría puestos a disposición del director o guía, para sí mismo y / o para el ejercitante, de modo que la experiencia sea lograda y consiga su finalidad.

Las "anotaciones" son un breve "directorio" que precisa, para el director de ejercicios, el mejor modo de proceder.

El "presupuesto" o supuesto inicial describe la actitud fundamental que el director y el ejercitante deben tener el uno frente al otro para el éxito de su empresa. El primer modo de orar es una pauta de oración que se presta para retomar ante Dios muchos aspectos de la vida cotidiana, a partir de la lista de los diez mandamientos, de los pecados capitales, de la facultades del alma y de los sentidos.

En cuanto a las "adiciones" y otras notas similares (EE 73-90; 127-131; 204-207; 226-229) son indicaciones prácticas, variables de una Semana, a otra, para facilitar al ejercitante una participación más íntegra y eficaz en el proceso.

Todo aquello responde muy bien a la intención de

"adquirir sensatez y educación, ... obtener una educación acertada: justicia, derecho y rectitud... enseñar sagacidad al ingenuo, saber y reflexión al muchacho"
Prov. 1, 2-4

Pero hay una diferencia entre el modo del antiguo sabio y el de Ignacio. En los libros bíblicos sapienciales predominan la sentencia y, reconozcámoslo, caen fácilmente en el sermoneo. El clima cultural imperante a partir del Renacimiento permite otro "modo de proceder": el ejercicio personal. Pero esta opción ignaciana podría interpretarse como la herencia lejana de la primera sabiduría bíblica, la más experimental, que precedió los proverbios y sentencias y quedó almacenada en ellos (cf. I Rey. 5, 9-14; Prov. 30, 24-28; 31, 10-31). La sabiduría depositada por Ignacio en los Ejercicios nació de su experiencia y fue verificada en ella, y la que el ejercitante pueda aprender le vendrá de sus propios ejercicios más que de cualquier enseñanza.

Una confirmación del carácter sapiencial de los Ejercicios nos viene del hecho que Ignacio los vivió y los estructuró como laico. Verdad que siguió puliendo luego el texto y completándolo, en París como estudiante de teología y en Roma como sacerdote, pero nadie cuestiona que todo lo fundamental de la obra existía antes. Jerónimo Nadal, discípulo de Ignacio, queriendo caracterizar la famosa “ilustración” que éste tuvo al borde del río Cardoner, en Manresa, comenta que en ella lo había “recibido todo del Señor en una especie de espíritu arquitectónico de sabiduría”, mucho antes de emprender sus estudios eclesiásticos. Por eso mismo, en aquel siglo de temores frente al iluminismo, Ignacio, simple laico, tuvo que vérselas con la Inquisición. La aprobación pontificia vino solamente en 1548, cuando era sacerdote y Superior General de la Compañía de Jesús.

Obra de un laico, los Ejercicios presentan la misma amplitud de enfoque que las obras de sabiduría veterotestamentarias. Mientras la profecía es una declaración puntual, efectuada en un momento preciso; mientras la literatura sacerdotal está llena de referencias a los ritos propios de Israel y discrimina a los que no pueden participar de ellos; los sabios se expresan más bien en un lenguaje universal y extemporáneo porque hablan de realidades comunes a través del tiempo y el espacio. Ignacio utiliza ciertamente un lenguaje más particular, pero la orientación general de los Ejercicios es tan abierta que aprovechan a orientales y occidentales, a laicos de muy variadas filiaciones sociales, profesionales o culturales, a monjes religiosos activos y sacerdotes, a hombres y mujeres. Algunos jesuitas han podido darlos incluso, aunque no en su totalidad, a gente no cristiana, por ejemplo a musulmanes en el Líbano y a judíos en los países anglosajones; precisamente gracias a su substrato universal, característico de la sabiduría.

Pero la literatura sapiencial bíblica es como una respuesta del hombre a la iniciativa de Dios, a su Revelación. Nace del encuentro entre la fe israelita que se ha empapado de la Torá y los Profetas, y la múltiple experiencia de los campesinos, artesanos, funcionarios, etc., tanto los de Israel como los de los pueblos vecinos o asimilados. Los escritos de los Sabios son menos directamente Palabra de Dios que el *dabar* -palabra, precisamente- de los Profetas y que la Ley. Es más bien, como los Salmos, el acopio de palabras que Dios suscita en el hombre como reacción y respuesta a su propia palabra.

Por eso, no es de extrañar que los Ejercicios tengan como principal, para no decir único, contenido ofrecido al ejercitante, la Palabra de Dios. Desde luego, a estas alturas, no es tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo y, dentro del Nuevo, sobre todo las acciones y palabras de Jesús presentadas como “misterios” (EE 261), iniciativas soberanas y reveladoras del Señor.

“porque es el Señor quien da sensatez, de su boca proceden saber e inteligencia”
(Prov. 2,6)

Sensatez, saber, inteligencia, variantes más o menos sinonímicas de sabiduría.

La manera como Ignacio pide al director de Ejercicios “narrar fielmente la historia”, la historia evangélica por meditar o contemplar (EE 2), no es muy lejana de la tarea asumida por los transmisores de la Torá. Ella no es principalmente un código legal, como lo haría pensar la traducción por el término “ley”, sino el conjunto de las disposiciones e instituciones salvíficas puestas por Dios para el bien de su Pueblo: creación, éxodo, elección, promesas, alianzas sucesivas, ley mosaica. Ese conjunto, constantemente meditado, fue la referencia obligada de todos los profetas. Igualmente, en la Nueva Alianza, la referencia fundamental y el alimento de todo discernimiento -el cual es un carisma y una actividad eminentemente proféticos- tienen que ser la obra y enseñanza del que inauguró el reinado de Dios, dio a conocer la “ley” del reino y, por eso, pudo decir

“Abrahán, el padre de ustedes, gozaba esperando ver este día mío, y ¡cuánto se alegró al verlo!” (Jn. 8, 56).

“Si creyeran a Moisés, me creerían a mí, dado que de mí escribió él” (Jn. 5, 46)

Desde luego, el profeta antiguo no se contentaba con repetir la Ley del Señor. Se hacía cargo de los acontecimientos de su tiempo, fuese éste un período de prosperidad y de irrespeto por la cláusulas de la Alianza (Amós, Oseas) o uno de angustia ante la amenaza de los imperios vecinos y de claudicación (Isaías, Jeremías, etc.). La palabra revelada del profeta (“así habla Yahvé”) era formidablemente aclaradora, porque juzgaba el pecado de Israel o de Judá, mostraba sus consecuencias y, sin embargo, abría perspectivas de un futuro distinto para el “resto” que dejaba revitalizar su fe y su compromiso al contacto de la Ley y la Profecía. En su tiempo y con mayor autoridad, “el profeta Jesús de Nazaret” (Mt. 21, 11) fustigó el desprecio por la ley divina ocasionado por el apego a preceptos humanos, interpretó los signos de los tiempos y, siendo en cierto modo profeta de sí mismo, descubrió en los Profetas y los Salmos, a la vez su futura condición de Mesías, Juez y Salvador de la historia, y la cruz como etapa necesaria.

Ahora, bajo la acción del Espíritu de Jesús y en su Iglesia, el ejercitante se alimenta de la “ley” antigua y evangélica y de la Profecía del Antiguo y del Nuevo Testamento, leídas en Iglesia, para discernir, proféticamente, el pecado que destruía su vida y el camino que el Señor abre a su renovada y creativa fidelidad, en medio de su mundo al mismo tiempo amenazante y prometedor. En adelante, podrá dejar de vivir sin ley, sin lucidez profética y sin sabiduría, o con sólo uno de estos tres

elementos cruciales; participará de los tres, “en Cristo sacerdote, profeta y rey”, conforme a su gracia bautismal. En el mejor de los casos, se producirá en él, como en los autores de apocalipsis, una síntesis viva de la profecía y la sabiduría (que han asimilado la “ley”, para afrontar lo que venga con toda lucidez y valor.

Así, como el fiel israelita, felicitado por el Salmista, el ejercitante “medita la ley del Señor día y noche” (Sal, 1,2) y así desarrolla su capacidad profética de discernir las señales de Dios en su vida y circunstancia, para adquirir la sabiduría cristiana, “sabiduría de Dios, misteriosa, escondida, destinada por Dios desde antes de los siglos para gloria nuestra”, hallada al fin en el que Dios “hizo para nosotros sabiduría” de origen divino: Cristo Jesús (I Cor. 2,7 y 1, 30).

En resumen, podríamos decir que:

El ejercitador

- confronta al ejercitante a la “ley” evangélica (programa de oración)
- para que llegue a elegir sabiamente y sabiamente vivir lo elegido
- y lo ayuda con su carisma profético de discernimiento,

y el ejercitante

- medita y contempla la “ley” evangélica y espiritual, hecha concreta en Jesucristo
- y aprende a ejercitar su propio carisma profético de discernimiento
- para hacerse sabio en sus elecciones y acciones, cualquiera sea su función y estatuto en la Iglesia, pero sobre todo si debe, como laico, asumir por su cuenta y riesgo, las tareas complejas de un mundo lleno de sorpresas.

(De CUADERNOS DE ESPIRITUALIDAD -Centro de Espiritualidad Ignacia. Almirante Barroso, 75, Santiago-Chile- No. 70, noviembre-diciembre 1991, pp. 3-10)